

---

JAVIER BARROS SIERRA

# LA PERSISTENCIA DE LA ACTITUD

*Por Carlos Monsiváis*

---

**E**n la historia de México, 1968 no es sólo la densidad homicida del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas. Es también y primordialmente, la primera oposición masiva a la arbitrariedad policiaca y gubernamental que la capital conoce en décadas; es la vivencia multitudinaria de expresiones como "emoción cívica", "conciencia universitaria", "resistencia civil" o "aparatos represivos"; es la sucesión de actos (condensables en imágenes) que definen un momento histórico; es la capacidad ejercida magistralmente, de individuos, grupos o conjuntos, de elevarse a la grandeza o incluso a la indignidad.

Con el tiempo, 1968 parece resumirse en la matanza de Tlatelolco. Física, política y simbólicamente la incapacidad democrática y moral de un gobierno se condensa de modo adecuado en la decisión de matar a mansalva, antes de negociar y revisar con ánimo autocrítico la conducción de un problema. Pero la presencia misma de esos miles de jóvenes en la Plaza de las Tres Culturas prueba la confianza en la Constitución de la República y en las normas civilizadas que idealmente rigen el trato entre gobernantes y gobernados. Sin esa seguridad, no se acude inerme a los mítines y a las manifestaciones. En su dinámica, el Movimiento Estudiantil construye a lo largo de dos meses y medio una realidad equiparable en su significación al 2 de octubre, la transformación de conglomerados, indecisos, apáticos, básicamente egoístas en grupos organizados apenas, que, ante la represión y la injusticia notoria, reaccionan con el valor y la decisión que en diversos momentos admiten y exigen el calificativo de *épicos*. (En verdad es épica la decisión de abrir espacios democráticos y vivir una moral política corriendo riesgos muy comparables).

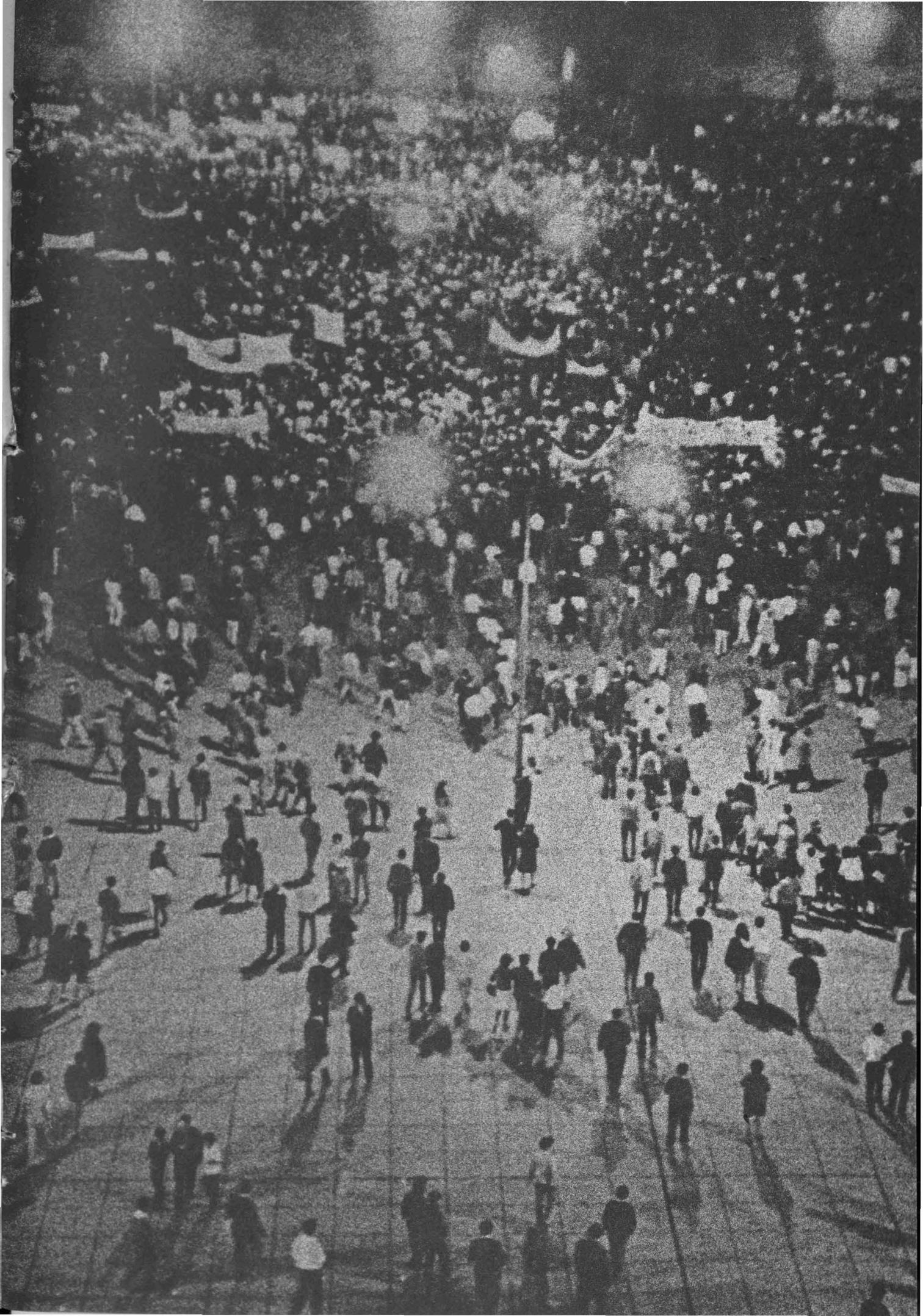
Si el 68 es ante todo acción de multitudes, hay también sitio para individualidades sobresalientes. Gustavo Díaz Ordaz: el Presidente de la República, el hombre que ve en la Nación a la Gran Familia disciplinada por el padre riguroso y omnisciente. Luis Echeverría: el Secretario de Gobernación inflexible, el hombre del Sistema que no conoce vacilaciones y flaquezas. Alfonso Corona del Rosal: el Regente del Distrito Federal, el político "a la antigua", hábil para las manifestaciones de adhesión y para las represiones-que-no-dejan-huella. Heberto Castillo: el maestro universitario, el opositor civil que lleva su osadía al límite y efectúa un acto de poder paralelo, el Grito del 15 de septiembre en la Ciudad Universitaria.

Y Javier Barros Sierra, rector de la UNAM desde 1966, ex-ministro de Comunicaciones, uno de los fundadores de I.C.A., ingeniero de capacidad reconocida, hombre del Sistema por destino familiar, formación y vocación, a quien distinguen la intransigencia y la ironía. En 1968, antes del estallido del Movimiento Estudiantil, Barros Sierra es un técnico y político prominente, una excepción en el escuálido panorama de los hombres públicos. Luego, y rápidamente, se convierte en figura de dimensiones morales, quien se atreve al gran rechazo y dice *No* a las arbitrariedades y persecuciones del gobierno.

Recuérdense los hechos: el 26 de julio en la noche, luego de escaramuzas y batallas de estudiantes con granaderos, las tropas, con la pequeña ayuda de las bazucas, toman la Escuela Nacional Preparatoria de San Ildefonso. De inmediato, el rector Barros Sierra coloca en la explanada de la rectoría la bandera nacional a media asta, para dramatizar la violación de la autonomía universitaria. Un solo gesto luctuoso descalifica las versiones oficiales sobre "subversión" y "conjura". La autoridad académica y política del rector se torna autoridad moral. El acto en la explanada afirma inesperadamente ante la opinión pública, un juicio distinto al presidencial.

El primero de agosto, el rector preside la manifestación de protesta de los universitarios contra la represión. En las fotos y en los ya inaccesibles noticieros se le ve sereno, paciente, controlado. No está ajeno a las consecuencias de su actitud. Sabe del resentimiento presidencial, de la campaña de prensa en su contra. Pero necesita encabezar la disidencia para defenderla de la venganza absoluta, para situarla como causa legítima de la República. Si algún sentido, fuera del especulativo, tienen las hipótesis históricas, vale decir, que sin la intervención de Barros Sierra en esos días, el Movimiento Estudiantil se habría desarrollado sin duda, pero no habría dispuesto del temperamento civil y de la fe en la legalidad que lo animó. Lo que entonces y durante algún tiempo se consideró "ingenuidad" (oponer leyes y consignas a macanas y bayonetas), resultó ser un eficiente instrumento de cambio nacional.

En las semanas y meses del Movimiento, Barros Sierra es referencia indispensable. Su presencia en la rectoría asegura un entendimiento de los hechos diferente al histórico y rencoroso de la presidencia. Díaz Ordaz, el poder casi absoluto, se siente ultrajado y dominado por la ansiedad de venganza. Barros Sierra, aislado políticamente y al frente de una administración universitaria asediada, representa la vo-



luntad nacional. Cuando el ejército invade el 18 de septiembre la Ciudad Universitaria, y arresta a profesores, trabajadores y estudiantes, la protesta de Barros Sierra le infunde vida a esa famosa abstracción, la comunidad universitaria. Recuerdo el modo intenso con que leímos el día 19 sus palabras: "La ocupación militar de la Ciudad Universitaria ha sido un acto excesivo de fuerza que nuestra Casa de Estudios no merecía". (A Gastón García Cantú le dirá: "Me impresionaron también los relatos de cómo habían tratado las fuerzas militares a los que estaban en la Ciudad Universitaria, haciéndolos tenderse en el suelo como si se tratara de delincuentes de una alta peligrosidad y esto involucró inclusive a mujeres").

En la Cámara de Diputados, personajes tan escasamente controvertibles como Luis Farías y Octavio Hernández, agreden profusamente a Barros Sierra, por "órdenes superiores". Este responde el 23 de septiembre con la carta de renuncia a la rectoría de párrafos tan memorables:

Mas la situación presenta ahora una nueva fase; estoy siendo objeto de una campaña de ataques personales, de calumnias, de injurias y de difamación. Es bien cierto que hasta proceden de gentes menores, sin autoridad moral, pero en México todos sabemos a qué dictados obedecen. La conclusión inescapable es que, quienes no entienden el conflicto ni han logrado solucionarlo, decidieron a toda costa señalar supuestos culpables de lo que pasa, y entre ellos me han escogido a mí.

El Presidente contra un ciudadano, que en esta ocasión es rector de la UNAM. El enfrentamiento es desproporcionado, sobre todo porque la rigidez de Díaz Ordaz estrecha aún más los escasísimos espacios democráticos, pero Barros Sierra es invulnerable. Tocarle es desatar algo próximo a la guerra civil. En ese momento, en él se concentran todas las fuerzas de la discrepancia, de la resistencia a la-barbarie-

desde-arriba, y por eso él le responde tan categóricamente a García Cantú:

-¿Podría decirse que usted defendió en esos días el derecho de los jóvenes a disentir?

-Yo diría que no sólo los defendí en ello, sino que, lo digo simplemente con realismo y prescindiendo de falsas modestias, les di un ejemplo al respecto. Me manifesté públicamente como alguien que disintía de los actos y del estilo mismo del gobierno.

Recuerdo con detalle las discusiones, el texto que velozmente redactamos a nombre de la Alianza de Intelectuales y Artistas para acompañar a los muchos otros que le solicitaban a la Junta de Gobierno no aceptase la renuncia de Barros Sierra. En los periódicos, centenas de declaraciones de las Fuerzas Vivas y membretes que las acompañan, detestando a los estudiantes y al rector. En las calles, el clima ominoso. En las conversaciones, la incertidumbre. La renuncia no es aceptada, los ataques viles se enconan, pero Barros Sierra ha ganado públicamente la contienda. No lo intimidan el puesto prestigioso, el acoso gubernamental, la exacerbación de los ánimos, las sucesivas y simultáneas atmósferas de intolerancia. En abril de 1970, poco antes de concluir su periodo de rector, en una entrega de diplomas en Arquitectura, termina su discurso con una exclamación victoriosa: "¡Viva la discrepancia!" En la consigna sintetiza su experiencia de esos años, su defensa de los estudiantes y los presos políticos, su incapacidad de doblegarse ante el capricho tiránico de Díaz Ordaz.

Meses antes de su muerte, en una conversación, un amigo, muy exaltado, le dijo: "Ingeniero, ya hemos de ver, en donde estuvo la innoble estatua de Miguel Alemán, a la suya". Barros Sierra se rió y contestó: "Si he sabido que se trataba de un relevo de efigies, jamás acepto la rectoría". ◇

